

II.

LA CONTEMPLACION DE LOS CIELOS.

La noche sube al trono de los aires  
De un velo de tinieblas enlutada.  
El Sol, que habia bajado á otro hemisferio  
De nuestro cielo azul ausente estaba.  
Los últimos fulgores del ocaso  
Huyeron; y la Luna, como lámpara  
Inmensa de los cielos esplendentes,  
Las etereas llanuras alumbraba.  
Yo levaté la vista silencioso  
A las constelaciones, que brillaban  
En el fondo del cielo, y todo trémulo  
En esa inmensidad impenetrada  
Vi los ojos de Dios que fijamente  
Desde su escelso trono me miraban.

.....  
1859.

Por la contemplacion de la naturaleza es como á veces podemos entrar en posesion de la verdad absoluta y sentir exactamente la belleza y la grandeza de la creacion. ¡Cuán hermosa y cuán digna del espíritu humano es esta contemplacion de los esplendores visibles de la obra creada! ¡Cuán superiores son estos estudios á los cuidados vulgares que cautivan nuestros dias y ocupan nuestros años! ¡Cuánto elevan el alma hácia las verdaderas grandezas! En el mundo artificial que nos hemos formado sobre todo, los habitantes de las ciudades, hemos llegado á ser tan estraños á la na-

turalaleza, que cuando volvemos á ella parece que entramos en un nuevo mundo. Hemos perdido el sentimiento de su valor y así nos hemos privado de los goces mas puros. Emancipándonos de la vida tumultuosa y volviendo á la paz de la naturaleza, sentimos una impresion desconocida, como si la esfera de armonía en la que entramos hubiera estado siempre lejos de nuestra fantasía.

Los estudios de la naturaleza ofrecen un carácter precioso y es que aplicados á la verdad nos recuerdan nuestro origen y nuestra cuna maternal. La vida mundana es un verdadero destierro para el alma. Insensiblemente nos acostumbramos á contentarnos con las apariencias y á no buscar el fondo y la sustancia de las cosas; insensiblemente se pierde el valor y la grandeza; dejándose mecer por la superficie de ese Océano insondado donde flotan las barcas humanas. Los objetos que nos rodean son los únicos que obtienen nuestra mirada y olvidamos lo pasado como el porvenir. Pero hay horas de soledad, en las cuales el alma volviendo en sí, siente el vacío de todas esas apariencias, en que reconoce cuán poco pueden satisfacerla, en que busca ansiosamente y con amor las verdaderas grandezas, únicas capaces de proporcionar para su reposo una tierra firme en vez de las fluctuaciones y vaivenes que ha experimentado. Entonces el alma tiene la nostalgia de su país natal; pregunta por la verdad, quiere lo bello y se despide de los afectos pasajeros. Si le es permitido en esas horas de reflexión contemplar las bellezas de la naturaleza; si le es dado admirar y comprender las maravillas de la creación, dedicando horas enteras á la contemplación que la cautiva y dejándose llevar de los encantos de los esplendores estudiados, se entregará sin reserva al espectáculo que absorbe su atención y olvidará los falsos goces de la Tierra codiciosa de las verdades y de los goces profundos que la natura-

leza, jóven madre y de edad inmutable sabe derramar sobre el alma de los niños que la aman. Las bellezas del cielo la cautivarán con sus atractivos; exigirá una contemplación infinita; pedirá que la noche le revele maravillas sobre maravillas y que le sea permitido no abandonar la escena sin dejar su admiración satisfecha: como en las mas dulces horas de la vida se inclinara á esclamar con el poeta:

¡Oh tiempo! suspende el vuelo;  
 Vosotras horas propicias  
 Suspended vuestra carrera,  
 Y que una vez en la vida  
 Pueda saborear de nuevo  
 Las efímeras delicias  
 Que un tiempo gocé contento  
 Allá en mis mejores días.  
 Pero es en vano que al tiempo  
 Algunos momentos pida:  
 El tiempo se escapa y huye.  
 Digo á la noche sombría  
 Deten el carro; y la aurora  
 Viene y las sombras disipa.

Cuando la mente se entrega á esos altos y magníficos estudios, siente en breve la grande armonía, la unidad admirable en que todas las cosas están confundidas; comprende que la creación es *una*, que estamos incorporados en sus partes constitutivas y que nos rodea por todos lados una vida inmensa cuya existencia apenas sospechamos. Entonces todos los fenómenos toman su lugar respectivo en el concierto universal. La estrella de oro que brilla en la profundidad de los cielos y el diminuto grano de arena cristalizado que refleja el rayo solar, unen su luz; la esfera planetaria que rueda con magestad por su órbita gigantesca y el pajarillo que canta entre las hojas; la nebulosa inmensa que distribuye sus sistemas de soles por la vasta extensión y la colmena que recibe los romboedros de una república

eternamente ordenada; la gravitacion universal que conduce por el espacio esos globos formidables y esos sistemas de mundos y el humilde céfiro que traslada de una flor á otra perfumes amados; los grandes fenómenos y las acciones insensibles se unen en el movimiento general donde se abrazan lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño. Porque el universo es la obra permanente de un solo pensamiento.

Ninguna palabra humana, ninguna obra de la mano de los hombres podria rivalizar con la armonía de la naturaleza, con la obra de la creacion. Comparemos un instante la mas admirable de las obras maestras entre las maravillas del arte, con las mas sencillas producciones de la naturaleza. Como ya lo ha dicho una palabra antigua comparemos las riquezas de los ornamentos régios, el tejido oriental de las vestiduras de Salomon en toda su gloria, las láminas de oro de su templo, los mosaicos de sus palacios con la blancura de la azúcana, con el encarnado de la rosa y veamos si la comparacion puede sostenerse un solo instante. El gran carácter que separa esencialmente estas obras, es que en la una un poder limitado le imprime el sello de lo finito de su facultad, mientras que la otra lleva impreso constantemente el de un poder infinito. Amplifiquemos la facultad de nuestros sentidos; tomemos ese lente admirable que nos presenta como gigantescos seres pequeñísimos que sin aquel auxilio serian para nosotros invisibles: en el foco de ese lente el tejido mas fino, la obra mas delicada del arte humano se presenta como un objeto informe y grosero; por el contrario el mas modesto tejido formado por la mano de la naturaleza descubre riquezas ocultas á medida que se aumenta el poder amplificador del microscopio. Comparemos ahora nuestros aparatos mas maravillosos, desde las máquinas formidables cuyo seno contiene esos focos poderosos

que el hombre ha sujetado á su dominio, hasta los instrumentos de precision tan elegantes y tan sensibles, con las fuerzas indomables de que está animada la materia, con esas leyes admirables y vigorosas que rigen con perfeccion incomprendible los movimientos armoniosos de las esferas estrelladas en el concierto del cielo y veremos cuánto sobrepuja la naturaleza al arte.....

La obra de la naturaleza es admirable en lo infinitamente pequeño como en lo infinitamente grande. Los espectáculos sublimes que la contemplacion de los cielos nos revela, son sin duda los mas notables cuya magnificencia se impone mas soberanamente á nuestro pensamiento maravillado; pero si sabemos examinar las cosas pequeñas, nuestra imaginacion quedará confundida ante ellas como ante las mas grandes. En esa pobre mariposilla blanca que nacida ayer será polvo antes de terminar el dia de mañana, el ojo analizador del microscopio nos mostrará magníficas plumas de un color blanco de nieve ó amarillo mate simétricamente colocadas, con tanto cuidado como las del águila creada para atravesar los cielos; y sin embargo, á la simple vista no hay en esas alas mas que un polvo impalpable que se adhiere á los dedos. Fijemos la vista ayudada del microscopio en su frente y podremos contar 20,000 ojos. En las gotas finas de rocío suspendidas por la aurora de las hojas de los árboles y que caen á la menor sacudida de un pajarillo que pasa, veremos pintarse al paso de esa lluvia fina un arco iris, no menos rico que el arco gigantesco que se eleva al fin de una tempestad en las campiñas de la atmósfera; arco iris formado para vivir algunos décimos de segundo y que desaparece como habia nacido. Examinemos esas humildes flores de los campos, de pétalos de colores, en los cuales se suceden la esmeralda y el rubí y casan sus suaves matices el oro y el záfiro; en ellas tene-

eternas, en el seno las magnificencias de colores que resplandecen en las estrellas dobles, etc., etc. Podríamos conti-  
nuar hasta el infinito estas consideraciones comparativas que nos mostrarían incesantemente en uno y otro sentido la infinidad del poder creador.

Y sin embargo no pensamos en él y pasamos indiferentemente al lado de estas maravillas. Si la noche estuviera privada de estrellas, decía un filósofo, y hubiera en la Tierra un sitio único desde el cual pudieran verse las constelaciones y los astros, no cesarían las peregrinaciones á ese sitio y todos querrian admirar tantas maravillas. Pero lo que tenemos todos los dias á la vista pierde su valor; la costumbre adormece la atención y se olvida la naturaleza por atractivos ciertamente muchísimo menos dignos de nuestro pensamiento.

Si nos dejamos por un instante exaltar ante el espectáculo de esas maravillas de la ciencia del cielo, pronto volvemos á las cosas de este mundo para no pensar mas en nuestras grandes cuestiones. La Tierra tiene el don de cautivarnos hasta tal punto que olvidamos al cielo por ella; y muchas personas han dicho en prosa lo que Lebrun dijo en verso á un astrónomo á quien convidó á comer:

En torno del Sol brillante  
Dejemos rodar la Tierra.  
Yo al astrolabio de Newton  
Prefiero el rico Madera.  
¿Qué importa que el Sol domine  
Desde el centro del sistema  
Con tal que su luz fecunda  
Madure el fruto en las cepas?  
Es colorear los racimos  
Su gloria y su complacencia;  
La nuestra amigo es beber  
De esos racimos el néctar.  
Beber y amar, ¿qué mas gloria?  
Ven y en la enramada espesa  
Gocemos los bellos dias

De ventura que nos quedan,  
Cada hora que pasa huyendo  
En su rápida carrera,  
Que aprovechemos el tiempo  
De gozar, nos aconseja.

Estos son sin duda bellos pensamientos. ¿Pero no hemos de vivir mas que para ellos? No siente el alma á veces el deseo imperioso de elevarse por cima de las funciones ordinarias de la vida? ¿Habrá quien crea que todo el placer y toda la gloria del Sol es dar color á los racimos? Y sobre todo ¿habrá quien crea que toda nuestra gloria es la accion demasiado material de beber?

Demos, pues, su parte á cada cosa y tratemos de hermosear la existencia con las flores de la contemplacion, llevando siempre por fin la idea de hacernos mas y mas *espirituales*.

Pensemos y meditemos alguna vez acerca de la hermosa naturaleza. Dejémonos llevar de esas meditaciones deliciosas, que nos alejan de los rumores terrestres para envolvernos en la calma y el silencio. Subamos á la fuente límpida y siempre pura de donde bajan todo consuelo en el dolor, todo alivio en la fatiga de los dias, toda paz en la inquietud. Cuando nuestros lábios se encuentren secos por el viento del mundo, humedezcámosles en esa fuente cándida, pidamos un beso á los lábios de la naturaleza y que esa aspiracion de un licor tan puro nos aleje de copas emponzoñadas.

Horas de poesía que trascurren tan pronto  
Y que me trae el astro de la noche serena  
No huyais de mí os suplico sin dejar en mi espíritu  
Algún buen pensamiento, alguna noble idea (1).

«La plenitud y el colmo de la dicha para el hombre,

(1) Klopstock.

decía Séneca el filósofo, es subyugar todo mal deseo, lanzarse á los cielos y penetrar las profundidades mas ocultas de la naturaleza. ¡Con que satisfaccion desde esos astros á donde vuela nuestro pensamiento se rie de los mosaicos de nuestros ricos y de nuestra Tierra con todo su oro! Para desdeñar esos pórticos, esos techos resplandecientes de marfil, esos rios obligados á correr entre los palacios es preciso haber abrazado el círculo del universo y dejar caer desde lo alto una mirada sobre este globo estrecho en gran parte sumergido mientras que lo que sobrenada aparece á lo lejos salvaje, quemado ó helado. ¿Y ese es, se dice, el sábio, el punto que tantas naciones se disputan con el hierro y el fuego en la mano? ¿Esos son los mortales con sus risibles fronteras? ¿Si se diese á las hormigas la inteligencia del hombre, no repartirían tambien un cuadro de un jardín en muchas provincias? Cuando te hayas elevado á los objetos verdaderamente grandes de que hablo, cada vez que veas marchar ejércitos con estandartes levantados como si todo eso fuera cosa seria, la caballería volar á la descubierta, ya desplegándose sobre las alas, ya replegándose, te inclinarás á decir: «son evoluciones de hormigas, grandes movimientos en poco espacio.» ¡Oh cuán pequeño es el nombre si no se levanta por cima de las cosas humanas! Hay allá arriba regiones sin límites que nuestra alma está llamada á poseer con tal que no lleve consigo sino lo menos posible de lo que es material, y con tal que purificada de toda mancha y libre de trabas, sea digna de volar hasta allí. Cuando llega á esas regiones, en ellas se alimenta y se desarrolla; se encuentra como libertada de sus cadenas y devuelta á su origen; se reconoce hija del cielo en las delicias que en ella producen las cosas celestes; y entra en él, no como forastera, sino como natural de aquella mansion. Avida espectadora, no hay nada que no investigue y

sondee. ¿Quién se lo impediría? ¿No sabe que todo eso es patrimonio suyo?»

El hombre no vive tan solo del elemento material; necesita tambien el pensamiento. Solo elevándose á esas nobles contemplaciones se hace digno de la categoría que ocupa; solo ocupando su espíritu en esos fecundos y hermosos estudios, podrá su frente conservar el sello divino de sus destinos, podrá su alma ilustrarse mas y mas. No olvidemos las enseñanzas de la noche y vengamos alguna vez á meditar bajo su sombra silenciosa.

En vez de pensamientos vagos, ahora que hemos alzado una parte del velo que nos ocultaba los misterios celestes, nuestra mente tendrá por objeto un espectáculo mejor comprendido; conoceremos lo que admiramos y apreciaremos mejor las creaciones lejanas. Las horas nocturnas tendrán para nosotros un doble precio porque nos pondrán en comunicacion con mundos, cuya naturaleza no nos es ya completamente desconocida; y todavía con efusion mas íntima que nunca dirigiremos á la Noche esa salutacion con la cual hemos abierto nuestra entrevista con el cielo.

¡Oh noche cuán sublime parece tu lenguaje  
Al alma pensativo y en tranquilo solaz,  
Que mirando los soles que adornan tu ropaje  
Bajo tu sombra augusta vaga y medita en paz.

FIN.